

# ¿Está aún emergiendo el mundo emergente?

*Dos decenios más tarde, la promesa de los BRIC persiste*

**Jim O'Neill**



FOTO: CORTESÍA DE JIM O'NEILL

**SIN LA COVID-19**, en la última década el PIB habría crecido alrededor de 3,6%, apenas por debajo del 3,7% registrado en 2000–09. Una cifra no del todo mala vistos todos los problemas, y que contrasta con el ánimo que reinaba antes de la pandemia. De hecho, en cada década el crecimiento económico ha superado al de las décadas de 1980 y 1990, que fue de aproximadamente 3,3% en ambos casos. Esto ha permitido sacar a millones de personas de la pobreza absoluta, en parte gracias al milagro de crecimiento de los denominados mercados emergentes, entre los cuales mis queridos BRIC eran protagonistas.

En 2021 se cumplen 20 años desde que acuñé la sigla “BRIC” como síntesis del probable auge económico de Brasil, Rusia, India y China y lo que eso implicaba para la gobernanza mundial. Con la mirada del mundo puesta en lo que queda de 2021 y en el futuro, ¿qué cabe esperar de los mercados emergentes?

## Otra mirada a los BRIC

El objetivo principal de mi primer estudio sobre los BRIC (“The World Needs Better Economic BRICs”) no era presagiar un inevitable crecimiento futuro de estos países sino más bien proponer una reforma de la gobernanza de la economía mundial.

En estudios posteriores expuse el *posible* panorama mundial en el muy remoto caso de que los países analizados alcanzaran su potencial. Para definir ese potencial recurrimos a la metodología macroeconómica estándar, según la cual el crecimiento económico real depende de dos variables: el tamaño de la fuerza de trabajo de un país y la productividad de la economía. Partiendo del tamaño de sus poblaciones, el correspondiente tamaño de sus fuerzas de trabajo y la capacidad de aumento de la productividad, era muy fácil demostrar que las tasas de crecimiento potencial de los BRIC eran mayores que las de la mayoría de las economías avanzadas. Nuestro análisis *no* pretendía insinuar que todos estos países crecerían sostenidamente a su nivel potencial. Eso francamente no es realista, y no era nuestro mensaje.

En este sentido, el segundo decenio de este siglo ha contrastado marcadamente con el primero, cuando los cuatro países tuvieron desempeños mejores que en los escenarios que planteé en 2001. India, pese a haber decepcionado mucho en años recientes, en general está avanzando en la trayectoria trazada. Pero en Brasil y Rusia el desempeño económico en 2010–20 dejó mucho que desear, tanto así que a veces he dicho en son de broma que quizá los “BRIC” debieron haber sido los “IC”. Brasil y Rusia han sido víctimas de la consabida maldición de las materias primas y, como atestiguan los datos, su desarrollo sostenible depende demasiado del ciclo mundial de las materias primas. Cada uno de estos países presenta diferencias considerables, pero ambos necesitan diversificar sus economías para depender menos de las materias primas y conceder al sector privado un papel más protagónico.

En cambio, el dinamismo sostenido de la economía china hace pensar que está alcanzando plenamente su potencial. El PIB de China, de más de USD 14 billones en 2019, equivale a más del doble del PIB agregado de los otros BRIC. La mera escala de China implica

que las economías BRIC combinadas son ahora más grandes que la Unión Europea, y que se están aproximando al tamaño de Estados Unidos.

### Regreso al futuro

La tasa de crecimiento del PIB real de China empezará a desacelerarse en 2021, dados los crecientes desafíos demográficos, pero eso no impedirá que el país destrone a Estados Unidos como la mayor economía del mundo. Para que el mundo crezca más rápido en términos agregados, los países con condiciones demográficas favorables tienen que incrementar su productividad.

Será muy difícil que el mundo alcance una tasa de crecimiento del PIB real de 4%; incluso alcanzar el 3,7% de las dos últimas décadas podría ser complicado. Conseguir el crecimiento necesario dependerá de cuatro factores: la productividad en las economías desarrolladas; la rapidez con que se desacelere la tendencia de crecimiento de China; el desempeño de India; y, algo que es crucial, un posible despunte de otras economías de mercados emergentes muy pobladas. ¿Pueden países como Indonesia, México, Nigeria, Vietnam y otros aproximarse a su potencial a largo plazo? Si lo logran, el crecimiento del PIB real del mundo tendría más posibilidades de asemejarse al de la década pasada.

Desde luego, lograr una fuerte recuperación inmediatamente después de la COVID-19 depende casi exclusivamente de la elaboración y distribución de las vacunas y de los tratamientos para erradicar la pandemia. Los donantes deberían aportar entre USD 20.000 millones y USD 30.000 millones, y, a mi juicio, las ventajas multiplicadoras de esos fondos son tales que representarían el estímulo económico más grande y menos polémico que ninguna generación haya tenido la oportunidad de acordar, y que eclipsa las ventajas potenciales de 2008–09.

El FMI tiene que alentar activamente ese estímulo y, al igual que con el cambio climático, debe abordar los temas relacionados con los sistemas sanitarios e incorporar en su labor de supervisión análisis sobre el gasto en salud. La coordinación con los ministros de Hacienda para apoyar el Acelerador del acceso a las herramientas contra la COVID-19 (ACT) —un proyecto conjunto de las principales organizaciones mundiales de salud— es un pequeño primer paso, pero es necesario hacer más.

Tras haber dirigido el examen independiente del gobierno del Reino Unido sobre resistencia a los antimicrobianos, sé que la COVID-19 no es la única amenaza que nos acecha. Para 2050, dicha resistencia podría causar hasta 10 millones de muertes anuales y, por ende, el equivalente a USD 100 billones en oportunidades económicas perdidas. Hay quienes dudan de que las cifras puedan ser tan altas, pero la pandemia nos ha demostrado que este tipo de cosas

son desafortunadamente una realidad. Nuestras nuevas ideas han de centrarse en estrechar los vínculos entre la economía, las finanzas y la salud.

### Más contundentes e inteligentes

Tras la COVID-19, las economías de mercados emergentes, en especial las grandes, tienen que adoptar políticas fiscales inteligentes, que den prioridad a la inversión pública. Se necesita una perspectiva diferente para evaluar el marco económico y las circunstancias reales de la política fiscal. Concretamente, es hora de distinguir verdaderamente entre el gasto público en inversión y el gasto público en consumo; el primero suele tener un efecto multiplicador positivo, y no debería tratarse desde la misma perspectiva contable que el gasto público en consumo. Esas inversiones son necesarias para abordar el cambio climático y las amenazas futuras para la salud. De esa inversión depende que las economías de mercados emergentes alcancen su crecimiento potencial, y cabe decir entonces que esa inversión es más importante para el crecimiento económico que las condiciones financieras.

Una marco para una política fiscal más inteligente casi con seguridad requerirá sistemas financieros internos más sólidos, algo que es difícil de lograr dada la continua dependencia de un sistema monetario basado en el dólar de EE.UU. La proporción relativa de la economía de Estados Unidos en el mundo está disminuyendo de manera lenta y constante, pero aun así el sistema monetario basado en el dólar sigue siendo tan predominante, en términos generales, como al inicio de mi carrera financiera en 1982. Esto significa que el mundo tiene que enfrentarse a los altibajos cíclicos de la política monetaria de la Reserva Federal (la Fed), sus consecuencias para Estados Unidos y las consiguientes condiciones financieras mundiales. Cuando la Fed endurece la política, las condiciones financieras para los mercados emergentes en general se tornan más restrictivas, a menudo de forma caótica. Y lo contrario sucede cuando la Fed flexibiliza su política.

Existe una salida, y algún día este cambio ocurrirá. El sistema monetario tiene que evolucionar para reflejar mejor la nueva dinámica mundial, y hasta que eso suceda la capacidad de los países de mercados emergentes para alcanzar su potencial de crecimiento seguirá siendo un problema, aunque quizá no tan espinoso como otras iniciativas nacionales, tales como los sistemas de salud y educación.

Muchos países de mercados emergentes tienen que abordar estas cuestiones con mayor decisión e inteligencia, y el FMI desde luego estará ahí para ayudarlos. **FD**

**JIM O'NEILL** es Presidente de Chatham House y expresidente Goldman Sachs Assets Management.